

Raúl Anguiano

en el museo del Louvre

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

Jardín del Amor
En un pie el manzano
y en cuatro la flor.
Pintor en desvelo:
tu paleta vuela al cielo,
y en un cuerno,
tu pincel baja al infierno.”

RAFAEL ALBERTI. Mi mejor retrato de El Bosco.

Es mayo de 2005, encuentro al maestro trabajando en su estudio recién renovado. A través de los cristales, una luz ilumina un caballete donde realiza un óleo sobre una mujer del Istmo, tomada de la litografía Mujer con iguana, 1984. A contraluz, se destacan en amplios muros La llamada del instinto, 1942, y Los toros y la luna, 1957, mientras otros cuadros colocados en el piso muestran el desnudo de una joven mujer realizado en la década de los 60, obra que Raúl Anguiano había dejado inconclusa y tiene una historia triste que no desea contar; pero también están los bocetos de naturalezas muertas y dibujos al carbón.

Viste una camisa azul de franela, a cuadros y tenis blancos impregnados de pigmentos. El silencio en el estudio es impresionante, por momentos se escucha el correr de las ardillas en el jardín y los ladridos del querido xoloitzcuintle, Tajín, mientras el maestro limpia sus pinceles, mezcla colores en la paleta y comienza a trabajar sobre el lienzo.

“Pronto cumpliré 91 años...” susurra, y vuelven a su memoria recuerdos que se plasman en un boceto más

íntimo: Retrato Literario de un pintor, Raúl Anguiano. Mientras trabaja, comienzo a leerle la crítica que hace Octavio Paz, uno de sus poetas más admirados, sobre La creación de la Vía Láctea, de Pedro Pablo Rubens (1577-1640) y Perro semihundido de Francisco Goya (1746-1828), obras de El Museo del Prado, en Madrid, primera pinacoteca española y uno de los tantos recintos del arte universal que Raúl ha visitado a lo largo de su vida.

Del cuadro de Rubens, el poeta señala que “hay un paralelismo, una analogía, entre la vieja concepción astrológica y la nueva concepción psicológica de la libertad humana. En ambos casos, la libertad pasa por el conocimiento y éste es, sobre todo, autoconocimiento. Por eso, caminar por la Vía Láctea, como en el caso del carro de Juno, es hacer un camino hacia un más allá que finalmente se resuelve en un regreso al origen. El hombre, cuando camina, cuando vive, regresa a su origen si camina de verdad, si camina sabiendo que camina.”

En la época de Fernando Benítez como director del periódico El Nacional, cuyo suplemento cultural dirigía el poeta español Juan Rejano (1903, Córdoba-1976, México), autor de Fidelidad del sueño, 1943, aparte de los dibujos que Raúl Anguiano hacía para ilustrar poesía universal y mexicana, también le entregó a Juan Rejano, un artículo y obra sobre su primera visita a Europa, a España en 1952, que constaba de dibujos sobre las procesiones de semana Santa en Sevilla.

En el mismo periódico, el maestro Anguiano escribió ensayos sobre la técnica de dos obras de El Museo del Prado: el Jardín de las Delicias de Hieronymus van Aeken Bosch, “El Bosco” (c.1456-1516) y el impresionante retablo El triunfo de la Muerte, de Pieter Brueghel, “El Viejo” (c. 1525-1569).

En relación al Bosco, Anguiano comenta que “aparte de que siempre ha existido la pintura fantástica de imaginación surrealista, no basada en lo objetivo sino en la fantasía, pudiera denominarse a El Bosco como precursor o inspirador del surrealismo, con una maestría



Raúl Anguiano

inigualable por la fantasía: por las diferentes figuras tan fantásticas como unas orejas y en medio de ellas un puñal o unas figuras saliendo de un huevo, etc.; son temas que fueron inspiradores del surrealismo. En realidad el surrealismo fue una escuela pasajera en la pintura, la literatura y la poesía y la obra de *El Bosco* es una pintura extraordinaria, de gran maestría e imaginación, basada en sueños y fantasías. El artista siempre ha tenido sueños, casi todos hemos pintado cosas basadas en la imaginación o en los sueños, por ello, como precursor de todos esos movimientos modernos y contemporáneos, el verdadero maestro es *El Bosco*.”

En opinión de Anguiano, muchos escritores no saben nada de pintura, aunque le gustó leer en el libro

de Carlos Fuentes, *En esto creo*, un ensayo sobre *Las Meninas*, 1656 de Diego Velázquez (1599-1660).

En cuanto a *El perro semihundido* del enigmático Goya, obra magistral de la historia de la pintura de todos los tiempos y que pertenecía a una colección de 14 obras ejecutadas por Goya directamente sobre el yeso de las paredes de su casa, la Quinta del Sordo, situada a las afueras de Madrid, Anguiano refiere o siguiente: “*El perro semihundido* de Goya me impresionó mucho y reclamé porque no estaba puesto en mi último viaje a Madrid en 1983. Le dije al personal del museo: ‘¿Qué pasa con este cuadro?, yo soy un pintor mexicano que vengo a estudiar esa obra y no la veo. Al regresar al recinto, la obra ya estaba colocada en su sitio y nuevamente pude admirar el perro que está ahí solita-

rio, con un fondo muy amplio, sólo asomando la cabeza, en la infinitud del tiempo, magnífico...”

Respecto a esta obra, Octavio Paz señaló que: “ese extraordinario y estremecedor Perro semihundido es un cuadro en el que la realidad vivida se funde con lo irreal; lo real y lo fantástico dejan de designar estados contrapuestos: lo real es lo fantástico, lo fantástico es real. Éste es, a mi juicio, uno de los momentos más grandes de la pintura moderna.”

Sobre El Museo del Louvre, Anguiano entregó un poema y una foto tomada por él de la Venus de Milo, que fueron publicadas en el suplemento de El Nacional. En este centro de arte, el más famoso del mundo y grandioso palacio renacentista construido en forma de herradura y situado en París, en la orilla derecha del río Sena, Anguiano ha estudiado la galería de Rubens y la historia de María de Médicis, entre otras cosas. “De las veces que he estado en París, cierto día tuve el privilegio de ser el último visitante del Museo del Louvre, cuando se permite estar en el museo hasta las nueve de la noche. Un día dejé a Brigita en el hotel, porque estaba cansada y yo me fui al museo como a las cuatro de la tarde, caminando desde el hotel situado en la Rue Sainte Anne, cerca de la Ópera en París, para realizar un sueño: ser el último visitante del Museo del Louvre...”

Ese día, Raúl iba detenidamente admirando sus cuadros preferidos: de Rembrandt, Susana en el Baño y El buey Destazado, así como otros cuadros italianos del Tiziano y otros maestros. “Estaba solo en la sala de María de Médicis, donde hay más de 40 cuadros monumentales. Únicamente se escuchaba el ruido de mis tacones en la duela pulida del Museo del Louvre... Esto me hace recordar la novela El Código da Vinci’, de Dan Brown, cuya historia se desarrolla en el Museo del Louvre. Recuerdo también un cuadro de Caravaggio, El Tahúr, hacia 1630.”

Señala que si bien Rubens no es su pintor favorito, es el artista más dotado en la historia del arte en el sentido técnico de reflejar y poder plasmar la carne, “los matices de esas rubias, la calidad del pelo, las sedas, el agua, los bronceos de algunos cascos, de algunas armaduras y hasta las gotas del agua en algunas

caderas de sirenas o de mujeres esplendorosas, voluminosas con reflejos nacarados; en fin, todo lo que Rubens pintó con gran maestría.”

Después de recorrer la sala de María de Médicis, pudo contemplar La Venus de Milo y La Gioconda o Mona Lisa (hacia 1510-1515) de Leonardo Da Vinci; la magistral obra que ha suscitado tantas interpretaciones por la enigmática sonrisa de esta mujer retratada. “Al salir del Museo todavía no estaba La Pyramide, la grandiosa pirámide de cristal y el nuevo acceso del Louvre; se salía por le cour Napoleón por esa gran plaza,.. Era invierno, traía un abrigo gris, una bufanda, un gorro de piel tipo ruso, parecía yo diplomático.” Al salir del recinto, los empleados que quedaban en la puerta, una rubia francesa y un negro de origen africano, hicieron una gran inclinación al maestro, el último visitante ese día del Museo del Louvre.

Anguiano caminó hacia la izquierda, al otro lado del río Sena... Las luces nocturnas de París, enmarcaban el paisaje en un caudaloso río iluminado por los faros de los automóviles, dibujando la Torre Eiffel y el Arco de Triunfo. “Para comprobar que yo era el último visitante del Museo del Louvre, esa noche memorable me guarecí y abrigué en una de las columnas hacia la izquierda para ver si salía alguien más. Saqué del bolsillo de mi abrigo un estuche de tabaco y mi pipa, la cual fumé con gran satisfacción viendo el humo que se diluía en la atmósfera fría y húmeda del París nocturno. Fue una experiencia maravillosa, estuve mucho tiempo contemplando la majestuosidad del lugar, para atravesar luego el Sena y volver a mi hotel...Y en efecto, fui el último visitante del Louvre ese día.”

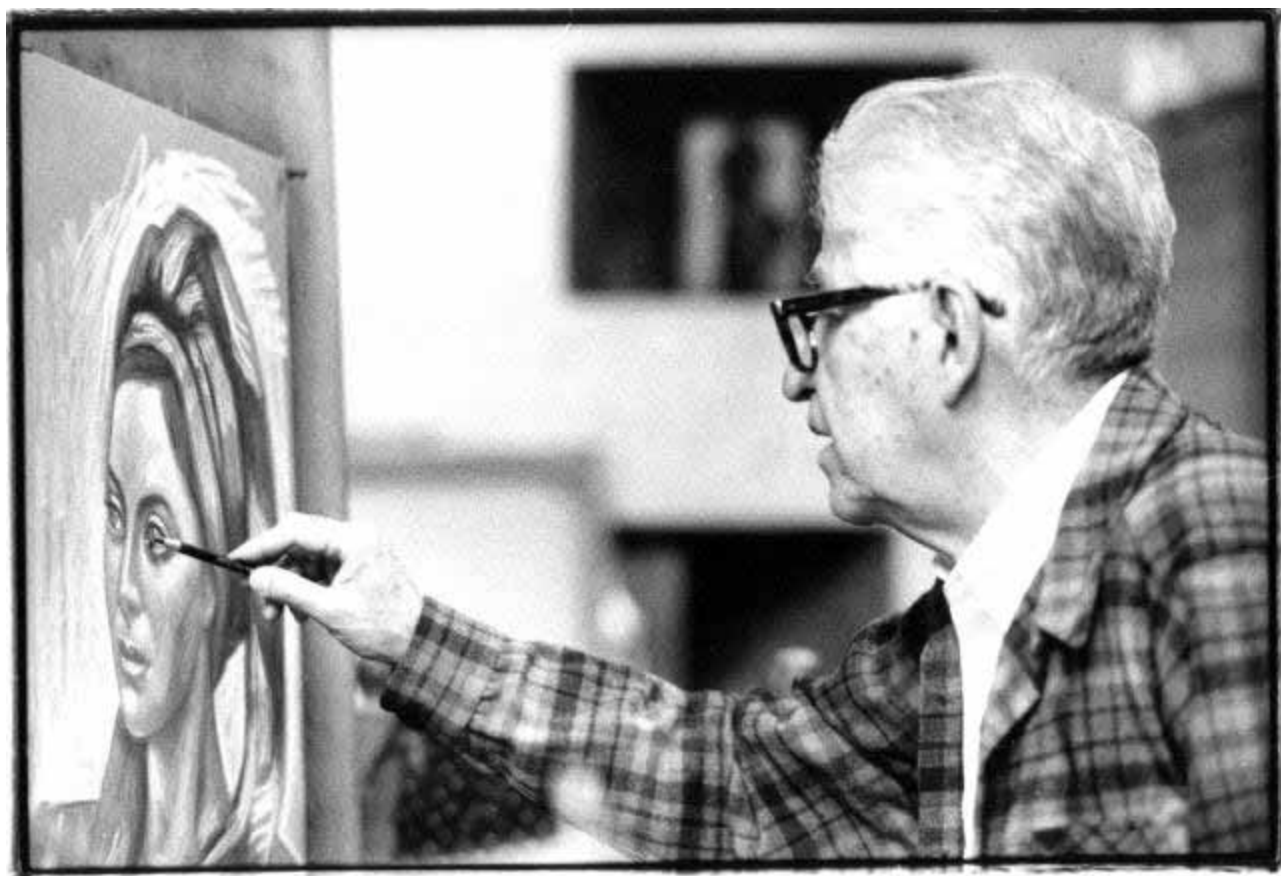
¿Qué emociones tuvo Anguiano al estar frente a las obras de los grandes maestros de la pintura?: “El goce maravilloso de aprender de los grandes maestros del arte. Recuerdo haber visto también esa noche Las bodas de Caná de El Veronés, enorme mural con unas perspectivas y una construcción con la sección de oro en la que aparecen pintores en primer término, contemporáneos del mismo Veronés, como Tiziano que toca el chelo; están también otros pintores como Tintoretto; hay un perro

maravilloso, el piso de mármol es claro y oscuro con una gran textura que quizá era tempera con veladuras de óleo riquísimo de texturas de color, son mis cuadros más admirados. Cada vez que he vuelto al Museo del Louvre, visito con religioso fervor la obra de La Sagrada Familia de Rafael Sanzio, el primer cuadro clásico que vi en mi vida, en reproducción en blanco y negro en casa de mi abuela paterna Prisciliana...”

Considera grandes maestros del arte a El Greco, Rembrandt, Miguel Ángel, Van Gogh, Picasso y Cézanne; de este último señala: “toda mi serie de naturalezas muertas y la estructura geométrica de mi pintura es muy cezanniana”. Desde los años 40 viajó a Nueva York, donde participó en las magnas exposiciones Veinte siglos de arte mexicano y Retratos del siglo xx en el Museo de Arte Moderno.

A lo largo de la trayectoria artística de Raúl Anguiano, la constante del dibujo palpita con inquietud. Un dibujo excepcional, deslumbrante, poético, donde se articulan diversos trazos de vida que el pintor guarda, primero en el espíritu y después en las manos... De pronto, el maestro decide que salgamos a caminar y a pasear al inquieto Tajín. Sus pasos por el legendario barrio de Coyoacán, la placidez en su carácter y su sonrisa entrañable mientras charlamos en una calurosa mañana de domingo, como tantas vividas con él desde 1994, nos deja constancia de tiempos inmemorables y complejos para el arte y el país mismo... 🐱

*Texto que forma parte del libro Retrato Literario de un pintor, Raúl Anguiano que será editado por la Fundación René Avilés Fabila.



Raúl Anguiano

Raúl Anguiano